

LA TAZA DE BOLIVAR

Bolívar, genio el más complejo y brillante, entre sus múltiples dones tenía en grado máximo el poder de la atracción: aquellos modales aristocráticos de gran señor, una mirada viva y penetrante; una conversación fluída y elocuente y una afabilidad exquisita, hacían de nuestro Libertador un hombre especial, dueño y señor de todas las multitudes. El sabía como ninguno acomodarse a las circunstancias: con tanta facilidad galanteaba una princesa como una humilde indígena de nuestra América; si en las cortes europeas, donde deshojó "las rosas de sus veinte años", sedujo por su altivez y donosura, en las pampas inundadas de Venezuela se impuso por su arrojo y osadía; el mismo viajero que fué como observador de París a Roma, a pie, recorrió un continente en su potro volador conquistando corazones para sí, lauros para su ínclita frente y pueblos para la libertad.

Secreta y misteriosa fuerza aquélla, reveladora de ese *quid divinum* que se llama genio; destello que nimba la cabeza de muy contados mortales; ése era, sin duda, el demonio de Sócrates, o aquello de siniestro y raro que alcanzó a ver Goethe en los ojos de Napoleón, o aquel halo de grandeza y heroicidad que, según el pensador uruguayo, distinguía a Bolívar, pues quedó "en la memoria de sus contemporáneos impresa la majestad antigua del gesto y el porte con que, constituida Colombia, penetró al recinto de la primera Asamblea, a resignar en ella el mando de los pueblos".

Se dice que en New York preguntó el Dr. Manuel Uribe Angel al General Páez, por qué él tan esforzado y sus intrépidos llaneros, legión de centauros, obedecían a Bolívar, hombre delgado, de pequeña estatura y sin muchas fuerzas físicas, a lo que el León del Apure contestó poco más o menos:

"No sabe Ud., mi doctor, cómo nos miraba D. Simón; ausente él, nosotros conspirábamos, pero una vez que le veíamos, casi se nos caían las espadas de las manos".

Tal era la fuerza de imperio de Bolívar, que el General Obando no pudo menos de pasarse a las filas republi-

canas cuando le conoció y trató en el Sur; el mismísimo Santander diz que se le acercó alguna vez en que estaba irritado, y hubo de retirarse porque "la mirada de ese hombre era insoportable".

Galante y amable con las damas, el Libertador cautivó muchos corazones femeninos, y a su carro de guerra iban uncidas muchas beldades cuyos nombres han pasado a la historia unidos al del héroe incomparable; su potente atracción llamó al servicio de la Patria mujeres respetables como Aura Pardo, en un baile de Lima, la que después de bailar, sin saberlo, con el Libertador, de realista, se tornó patriota decidida.

La siguiente historia, tan poética como expresiva, que vamos a referir a los lectores del REPERTORIO HISTÓRICO, dará una pureba más de ello.

Principiaba el año de 1817. Bolívar, después de mil contrariedades, surgía siempre intrépido y constante; nada abatía a ese moderno Anteo: ni las rivalidades de sus compatriotas, ni el puñal pagado de los españoles; los reveses como que retemplaban aquella alma excelsa, nacida, como ciertas aves, para la tempestad; derrotado, proscrito, traicionado, solo, sin recursos, sin más espacio que la tierra que hollaba, se erguía, y lleno de fe e inspirado por aliento profético, exclamaba: "el día de la América ha llegado".

El mes de Enero del año citado, dice el historiador Restrepo, fué fecundo en sucesos militares. Al llegar el Libertador a Barcelona, casi no encontró fuerzas qué mandar, pues Piar se había dirigido a la Guayana; pocos enemigos había en el valle del Tuy; sólo en la margen izquierda del Unare, frente a Clarines, existía un pequeño grupo de 550 realistas, mandados por el Capitán D. Francisco Jiménez, militar de no muy altas capacidades, aunque Torrente lo apellida *bizarrrísimo*.

Bolívar con 700 hombres, entre los cuales estaban los 400 que Arismendi había traído de Margarita, pensó invadir la Provincia de Caracas para dar ante todo libertad a la blasonada ciudad que le había visto nacer, y a la cual dirigía siempre el héroe sus miradas doquiera estuviera y cualesquiera que fueran las circunstancias en que se hallara; a los pies de su gloriosa urbe puso él los más verdes laureles que en veinte años de incesante lu-

cha conquistó; nuevo Ulises, ansiaba ver en toda hora levantarse el humo del patrio hogar: *expectans cernere fumum*.

El 8 de Enero dió una proclama a los habitantes de la Provincia adonde se dirigía en la cual les daba la buena nueva de la libertad; en el mismo día movió su ejército.

Algún cronista dice que en la fecha dicha dió Bolívar personalmente el combate de los Barrancos y que después de él pasó el incidente que vamos a referir; pero conceptuamos que fué el día apuntado, después de la batalla de Clarines, la que se verificó el 8, según Larrazábal, aunque Restrepo la pone el 9 y O'Leary el 5 del mismo mes de Enero.

El 8 atacó el Libertador al Capitán Jiménez; en lo más crudo de la pelea, dice la historia, el Indio Chaurán, Capitán de caballería, marchando por un bosque, atacó la retaguardia de los patriotas con cuarenta caballos; entonces, al grito de ¡encerrados!, los independientes se dispersaron y huyeron despavoridos; unos se internaron en los bosques, donde fueron aprehendidos y fusilados o a'anceados luégo, entre los cuales estaba el valiente Coronel Tomás Hernández; otros, muy pocos, se dirigieron, tras de Bolívar y Arismendi, a Barcelona.

Quemados por un sol inclemente y sedientos, llegaron Bolívar y un compañero (quizás Arismendi) a una casa que estaba en la orilla del camino y en la cual habitaba una respetable familia española de apellido Sinfontes. El Libertador, adelantándose, toca la puerta e inmediatamente sale una dama, apuesta y amable. Aquél, con toda cortesía, le dice, después de saludarla: "Señora, tenga Ud. la bondad de proporcionar a un pobre viajero algo con qué mitigar el calor y la sed".

La aristocrática mujer, obsequiosa y noble, toma inmediatamente una fina taza española, la llena de agua y, raspando dulce de una panela, lo vierte en la vasija y da la dulce bebida al fatigado viandante, cuyo nombre ella ignora por completo.

Al mismo tiempo que Bolívar calmaba la sed, observaba con discreto disimulo a la señora que lo atendía; en un momento dado le preguntó:

—“¿Es usted patriota, mi señora?”

—Nó, señor, responde ella; soy española, y como tal siento veneración por mi Dios y por mi Rey”.

Nada le objeta el ilustre interlocutor; le ruega, sí, que le repita la bebida.

Mientras la señora la prepara, toma Bolívar un papel y escribe:

“Señora: Usted no puede ser realista; usted misma lleva en sí la bandera querida de mi patria; en su cabeza lleva, como penacho de oro, la amarilla flor de los araguaneyes; en sus ojos brilla lo azul de su cielo; en sus labios carmesíes, los botones entreabiertos de la flor de los dragones, y en la rítmica gentileza de su cuerpo, tiene sus ondulaciones de triunfo y sus gestos de victoria. Yo soy Simón Bolívar”.

El Libertador dobló el papel, lo colocó bajo la taza, se despidió lleno de reconocimiento, montó en su caballo y a todo escape se alejó de la casa, en la que dejó la más grata impresión.

La dama, al recibir la taza, encontró la misiva, la que leyó llena de estupor; su alma sintió una conmoción extraña y rara; ese desconocido en cuyos ojos había contemplado ella el rayo de los cielos, de voz cadenciosa y de modales tan gentiles, había verificado en su espíritu una transformación muy honda. Iberia no reinaría más para ella; Colombia surgía radiante y era preciso amarla Un grito de admiración salió de su pecho: “Este es Bolívar, dijo, ¡viva la Patria”!

La dueña conservó con religioso celo la preciada reliquia, la que pasó más tarde a manos de D^a Gertrudis Sinfontes de García, en cuya casa, en el pueblo de Clarines, se mostraba a cuantos gustaban conocer la preciada joya histórica que sirvió para tan noble fin.

¡¡Qué hombre aquél!!

Noviembre 26 de 1919.

TOMÁS CADAVID RESTREPO.

